

MEMORIAS, ESPACIO PÚBLICO Y MUJERES. (IN)VISIBILIDAD Y CONSTRUCCIÓN

ZAIDA MUXÍ MARTÍNEZ

1. Introducción

El espacio público es el soporte de las vidas y actividades de las ciudades, y fundamentalmente es el de la representación colectiva. Una representación que se construye con hechos y experiencias de las que hemos sido partícipes; pero también con relatos que se construyen para conformar una memoria colectiva. Esta construcción no es inocente. Las mujeres hemos sido excluidas de este relato ya que son las hazañas masculinas¹ las que colman las calles y plazas con nombres y monumentos.

La presencia de las mujeres y su historia en el espacio pública ha sido invisibilizada, ya que como sucede en muchos otros campos, el estar fuera del discurso hegemónico nos ha hecho ahistóricas o sujetos sin historia. La historia ha sido escrita según unos valores y patrones patriarcales, creados desde una experiencia exclusiva y excluyente, y que ha negado de manera automática la presencia de las mujeres. Tanto porque las mujeres se han ocupado históricamente de aquellas tareas menos valoradas según los parámetros patriarcales como porque cuando las mujeres han ocupado espacios y han realizado aportaciones evaluables según estos parámetros han sido borradas en la construcción del relato. Tanto porque los nombres propios de mujer desaparecen como porque la lengua castellana hace universal y neutro el masculino. De esta manera las aportaciones colectivas de las mujeres quedan invisibles, contribuyendo así con el borrado de las mujeres de la historia a lo largo de siglos.

¹ Representación patriarcal, reforzada por la clase y el origen.

La recuperación de las memorias de las mujeres en la ciudad tiene como mínimo dos vertientes: por un lado el reconocimiento de las tareas invisibilizadas y minusvaloradas derivadas del rol de género que van del entorno doméstico a su extensión en el espacio público; y por otro el desvelamiento de aquellas mujeres que han aportado desde puestos y espacios supeuestamente masculinos. El espacio público se ha construido invisibilizando las huellas que han dejado las mujeres que han existido y existen de manera diferenciada a la hegemónica. Como bien explica Anna Bofill, la dicotomía de espacio privado y tareas femeninas frente a espacio público y tareas masculinas nunca ha sido así, ya que las tareas de la reproducción siempre se han extendido al espacio público considerado esencialmente masculino (Bofill Levi, 2005) y ha habido mujeres públicas que merecen ser reconocidas.

Son los valores y las experiencias de los hombres, a través del sistema patriarcal, las que establecen lo que es bueno y reseñable. Deriva de ello que la mitad de la humanidad no cuenta, no hay lugar para otros valores ni experiencias ni saberes. Esta valoración sesgada es extensiva a las historias de todos los otros o subalternos, es decir, las minorías étnicas o de otro tipo: los no blancos, los no ricos, los no poderosos.

“...las mujeres han dejado muchas menos huellas que los hombres en la documentación histórica. Esta es una de las consecuencias más importantes de las actitudes culturales negativas hacia las mujeres. Si su historia se define como los hechos de los hombres se menosprecian sus acciones, la vida de las mujeres se hace “ahistórica”, al vivir fuera del mundo de las empresas masculinas...”
(Anderson y Zinsser, 2007: 16)

La primera cuestión clave aportada por las teorías feministas para escribir desvelando el mundo de las mujeres es: ¿cómo construir un nuevo discurso, con diferentes valores, si nos encontramos conformadas por el patrón único de valores patriarcales, masculinos y machistas?

“...El patriarcado no solo es un peso, sino una máscara que tienes delante y que muchas veces te impide ver... Las fuentes del patriarcado son las mismas que las fuentes de la historia de las

mujeres; no hace falta ir a otros sitios a buscarlas, es la mirada. La interpretación, la lectura, y sobre todo la capacidad de ver...”
(Rivera Garreta, María Milagros, 2007, pg. 39)

Se trata de leer entre líneas, de volver a mirar, de tejer un nuevo tapiz con las piezas hasta ahora escondidas, siempre cuestionando los valores dados por ciertos e irrefutables. Visibilizar y relatar desde otra experiencia que nos permita sumar a la historia ya reconocida, si bien para poder sumar primero debemos conocer los valores de cada factor. Se trata por lo tanto de sumar experiencias de las mujeres, pasadas y presentes, para repensar un espacio público que verdaderamente nos represente y nos ayude a construir memorias compartidas e inclusivas. Los espacios públicos de la cotidianidad son constructores de relaciones y referencias, son representativos.

“Es la historia, toda la historia humana que se podría titular “historia de la esperanza” en busca de su argumento... La experiencia personal está implicada en la experiencia histórica; no cabe queriendo ser íntegramente personal sustraerse a ella. Mientras se crea que es elegible apurar la personal experiencia o darse a la historia, la vida o más precisamente, lo humano de la vida, quedará escindido como en dos bloques de tiempo separado”
(Zambrano, 1959)

1.1. Monumentos, Patrimonio y memoria

El monumento es construido deliberadamente para que en el futuro la sociedad recuerde acontecimientos o personas con lo que se busca construir un pasado, una memoria compartida. El monumento se piensa atemporal y eterno, ya que se pretende que su efecto perdure sin tener en cuenta los cambios que ocurren en las sociedades. Por ello *“están constantemente expuestos a los ultrajes del tiempo. El olvido, el desinterés, la obsolescencia lleva a abandonarlos y a olvidarlos”*. El monumento histórico puede ser cualquier elemento que cuando ya ha dejado de cumplir sus funciones, no puede tener una condición de utilidad; desde un tiempo distinto del de su construcción se lo valora como tal, se lo selecciona de entre la masa para

ser distinguido. Representa una pequeña parte de lo construido.

“Todo objeto del pasado puede ser convertido en testimonio histórico sin haber tenido originalmente un destino conmemorativo... El monumento tiene como objeto revivir en el presente el pasado sumergido en el tiempo. El monumento histórico mantiene otra relación con la memoria viva y con la duración...”
(Choay, 2007: 19)

Con la Revolución Francesa los bienes eclesiásticos, los de los emigrados y posteriormente los de la corona fueron puestos a disposición de la Nación, resultando en una cantidad increíble de bienes transferidos. En primer lugar fue una transferencia de valor económico y para designarlo, *“los responsables adoptaron la metáfora de la herencia, siendo sus términos claves herencia, sucesión, patrimonio y conservación... Al ser bienes patrimoniales... pasan a transformarse en valor de intercambio... Esta noción de patrimonio presenta el mágico poder de permitir trascender las barreras del tiempo y del gusto”* (Choay, 2007: 87). Mediante el patrimonio se transforma un elemento en monumento histórico.

Para Marina Waisman el patrimonio es un concepto cultural y de carácter histórico, que tiene que revisarse una y otra vez. Y que en el siglo XX es inseparable de los cambios en los ámbitos de la historia social, de los paradigmas filosóficos y del universo informático. Los procesos de descolonización, los reconocimientos de las diversidades de cada sociedad y los movimientos migratorios han generado nuevos grupos sociales que han reclamado, y reclaman, una definición cultural propia. Las consecuencias de estos cambios desde los años sesenta y hasta la actualidad ha resultado en una cierta democratización de la historia, reconociendo no exclusivamente las grandes instituciones sino la complejidad de cada comunidad.

“Los cambios ocurridos en la ciencia historiográfica coadyuvaron sin duda a esta transformación: el acento puesto en las sociedades en lugar de en los acontecimientos políticos encontró su paralelo en la historiografía arquitectónica. Así, ingresaron al campo patrimonial el tejido urbano, la arquitectura popular y rural, la arquitectura industrial, los ambientes urbanos, en fin, todo aquello que se ha

dado en llamar patrimonio modesto o patrimonio no-monumental”
(Waisman, 1995: 109)

El patrimonio material transformado en monumento histórico como elemento espacial perteneciente –generalmente aunque no siempre– al pasado conforma memorias y referencias; de allí la importancia y el poder que tienen quienes determinan tal categoría. La definición patrimonial de ciertos elementos a salvaguardar en las ciudades, así como su negación, revela y construye discursos. La mentalidad racionalista y mecanicista ha reconocido patrimonio por razones simplificadas, negando la complejidad de la sociedad, determinando que es patrimonio exclusivamente por su valor artístico o histórico, a través de un mecanismo de abstracción desconociendo la multiplicidad de valores y la relación con el contexto (Waisman, 1995: 112).

Los elementos urbanos que se deciden plausibles de ser considerados patrimonio histórico varían según las épocas, y es un mecanismo –de protección y valorización– que se hace cada vez más importante con la modernidad industrial. Cuando las tecnologías y la acumulación de capital permitieron la consecución del ideal de la tábula rasa, en la que ya no fuera necesario el reaprovechamiento de estructuras existentes para nuevas necesidades, surgió la generación de un nuevo valor, en principio contrapuesto a la modernidad, de mantener elementos espaciales –y no sólo aquellos con valores artísticos contrastados– como herramienta de la memoria colectiva, como fue el surgimiento de la arqueología industrial. Posteriormente se extendió la consideración a sectores o partes de ciudad que merecían ser mantenidas. Recordemos que para el urbanismo moderno las ciudades antiguas-históricas eran un cáncer a extirpar, por su insalubridad social y ambiental. Françoise Choay y Marina Waisman coinciden en señalar la segunda postguerra y los años 60 como de auge de esta voluntad patrimonializadora, respondiendo a la gran destrucción provocada en Europa por la guerra, las destrucciones voluntarias para modernizar las ciudades y la necesidad de las nuevas sociedades postcoloniales de construir referentes propios.

La selección de determinados edificios, espacios públicos y tejidos urbanos para ser mantenidos y enaltecidos sirve para conformar el valor

de cambio de ciertas áreas urbanas, llevando al olvido material y mental de otras áreas en las que es posible la destrucción para generar un vacío, una tábula rasa, también como valor de cambio. Este mecanismo no solamente ocurre con áreas históricas sino que los mecanismos del turismo y la mercantilización urbana global recurren a la generación de referencias culturales en áreas nuevas, patrimonializándolas, para así elevar su valor y, a la vez, borrar memorias incómodas, como pueden ser la de los barrios populares y obreros, o antiguas áreas fabriles. Es lo que Françoise Choay denomina el monumento-señal, que se difunde previamente como imagen, y que es plano, sin contenido, pero que a través de la réplica infinita de su imagen se ve promovido como monumento concentrando el valor simbólico disociado del valor utilitario (Choay, 2007: 16).

En la selección de lo que merece ser recordado y por lo tanto considerado patrimonio influye quien tiene capacidad de generar discurso a través de la construcción de valores; por ello la memoria subalterna de las ciudades es constantemente borrada a menos que se establezcan rebeliones para defender alternativas que permitan escribir una historia plural. El patrimonio como memoria colectiva es el reflejo de los valores y las estructuras de poder y contrapoder existentes.

1.2 Memorias otras

Una pionera en el trabajo de las otras memorias en la ciudad es Dolores Hayden, quien cuando llevaba desde 1979 estudiando la ciudad, comenzó en 1984 una organización sin ánimo de lucro, *The power of place*, con el propósito de situar la historia de las mujeres y de las etnias en el centro de la ciudad, en los espacios públicos, a través de proyectos experimentales y colaborativos. Ocho años después publicó *The Power of Place. Urban Landscapes as Urban History* (1995) en el que recupera las historias de los otros, entre ellos las mujeres, y su importancia en la construcción de Los Ángeles. Estas aportaciones y memorias habían sido desconocidas por la historia y por los reconocimientos espaciales en la ciudad, ya fuera a través de monumentos, nomenclátor o placas alusivas. Su propuesta fue explorar cómo la historia social del espacio urbano podía reflejarse en la historia pública y en el arte público. Para Dolores Hayden, la voluntad discursiva

de la recuperación del contexto urbano como lugar de la memoria en las ciudades americanas queda anulada si se utilizan valores pertenecientes a la cultura europea, ya que será difícil poder encontrar elementos que merezcan la consideración de monumento. Lo mismo acontece con las aportaciones y las memorias protagonizadas por las mujeres: no tienen cabida en la construcción histórica desde el patriarcado (Hayden, 1995).

La recuperación patrimonial en las ciudades como memoria compartida por la sociedad ha sido hasta hace muy poco tiempo exclusivamente la perteneciente a las clases altas y a las estructuras del poder en sus diferentes estamentos, gobiernos, ejércitos y religiones; olvidando las memorias de las mayorías así silenciadas. Se ha inventado como pasado compartido las estructuras físicas, los espacios del dominio y el poder. En el caso de Barcelona, la recuperación de las viviendas de la alta burguesía industrial inventa una historia, ya que niega la patrimonialización de las estructuras obreras, se olvidan las fábricas y las viviendas y, con ello, los espacios de la vida cotidiana. Se crea de esa manera una historia-memoria falsa, no compartida, que desdibuja las relaciones de poder y sumisión, generando en las generaciones presente y futuras una negación de sus orígenes y de su historia. La memoria que se construye con estos monumentos históricos es solo una parte interesada de la historia.

En 1975, en Nueva York el sociólogo urbanista Herbert J. Gans y la crítica de arquitectura Ada Louise Huxtable discutían sobre el patrimonio a preservar en la ciudad, siendo Gans muy crítico con la preservación de las arquitecturas de las élites en detrimento de la arquitectura popular que desaparecía, ya que *“esta política de hitos distorsionaba el pasado real, exagerando la influencia y la grandeza de estos edificios...”* (Gans, 1975). Para Gans, la preservación como acto público tiene que atender al pasado de todas las personas. Gans defendía la memoria social, Huxtable la arquitectura como arte.

Casi dos décadas después el debate sobre el medio ambiente construido, la historia y la cultura se discutía en términos de raza, género y clase, y Dolores Hayden se hacía eco, en el libro citado, de los reclamos sobre las memorias que se visibilizan o no en las ciudades americanas; en las que las memorias de los afroamericanos no han existido, y por tanto no

han sido ni siquiera borradas: *“Siglos de descuido sobre la historia étnica han generado una marea de protestas”*. Desde los feminismos se llegó a reclamos y preguntas similares: ¿por qué tan pocas mujeres han sido parte de la memoria a través de la preservación? Y ¿por qué las pocas recordadas nunca son de color, de clases trabajadoras, y porqué sus barrios no se preservan? (Hayden, 1995: 7)

Contemporáneamente Susana Torre escribía en 1996 que el rol de las mujeres como agentes de cambio en la transformación de las ciudades permanece teóricamente problemático, y de ello deducimos que dificulta el reconocimiento discursivo necesario para constituir patrimonio. Mientras tanto, las mujeres como líderes de organizaciones reconstruyen barrios y comunidades; llegando a ser intervenciones reconocidas como nuevos paradigmas de monumentalidad por la prensa internacional, como sucedió con las manifestaciones de las Madres de Plaza de Mayo. Sin embargo, estas intervenciones no informaban el discurso cultural de las disciplinas de diseño, ni eran reconocidas por la historia y la teoría del arte y la arquitectura (Torre, 1996: 241-250).

No se trata de reconocer exclusivamente unas muestras pertenecientes a las memorias de las mujeres, sino de la evocación de la diversidad que conforma la sociedad, y en la medida que la diversidad se visibiliza se puede reforzar el sentido de pertenencia a través de los múltiples reconocimientos: *“...Sólo la multiplicidad de discursos garantiza una esfera pública de la memoria, en la que, por cierto, no pueden tener el mismo valor todas las representaciones. Nunca existe una única forma verdadera del recuerdo; es probable que la problemática de la representación se resuelva en la comparación de discursos diferentes antes que en el debate académico sobre la forma correcta de la (no-) representación”* (Huysen, 2001).

Para Núria Ricart, en las casi dos décadas del siglo XXI que llevamos vividas la rememoración o recuperación de la memoria ha sido transformada: *“Se procede así a la transmisión de una memoria basada en el enclave de búsqueda de la comunicación, de la voluntad de saber y no olvidar, de tendencia a la participación en cuestiones que atañen a una colectividad y un espacio de todos y todas y para todos y todas. La respuesta ejecutada en el seno de las ciudades a través de la monumentalidad (no exclusivamente en*

cuestiones de recuperación de la memoria histórica) supone la necesaria reflexión sobre nuevas formas de conmemoración y de emplazamiento de propuestas de dignificación y re-significación de espacios de memoria, así como el caer en la cuenta de la transversalidad de las intervenciones y en la monumentalización de áreas alejadas del centro nuclear urbano, pues en ellas reside asimismo una memoria conformadora de identidad” (Ricart y Paz, 2017: 124).

2. La construcción de espacios de mujeres y para mujeres

Los movimientos de las mujeres y sus trazas en los espacios públicos señalan la lucha por la visibilidad y la igualdad de oportunidades. Los espacios que, a lo largo de la historia, las mujeres han constituido para su encuentro han sido espacios de crecimiento personal y político. Espacios que aunque tuvieran una función principal acorde con lo esperado al rol asignado al género femenino fueron las semillas de luchas emancipadoras. Son espacios pertenecientes a las “esferas femeninas” que paradójicamente rompieron los límites impuestos a las mujeres.

Desvelar la existencia de estos espacios es una tarea que las historiadoras feministas han desarrollado en diferentes contextos, ya que en estos espacios surgieron otras vidas posibles. Relatos sobre espacios que surgen a pesar de la exclusión al derecho a la ciudad que han sufrido (y en ciertos contextos aún sufren) las mujeres, como aún en esas circunstancias las mujeres han construido alternativas frente a realidades que no les eran propicias. Recuperar estos espacios a través del reconocimiento de su historia es un primer paso para la memoria colectiva de las mujeres. Saber de dónde venimos, para saber adónde vamos. Entre estos espacios de referencia los dedicados a la educación son muy relevantes, ya que sin educación no hay posibilidad de decirse ni de igualdad de oportunidades.

La *Hull House* en Chicago fue fundada por Jane Addams y Ellen Gates Starr en 1889, como una comunidad de mujeres universitarias, que vivían en la casa mientras estudiaban, cuyo propósito principal era proporcionar oportunidades educativas y sociales a personas de clase trabajadora, muchas

de ellas inmigrantes europeas. Las residentes y voluntarias tomaban allí clases de literatura, historia, arte y oficios domésticos, como la costura. En relación con el barrio, *Hull House* ofrecía, de manera gratuita y abierta a la comunidad, conciertos, ciclos de lectura sobre temas de actualidad y centros que funcionaban tanto para niños como para adultos.

La Hull House fue un espacio intergeneracional, multiracial, interclasista, de crecimiento personal y de empoderamiento político para las mujeres. Este espacio fue convertido en museo en 1967² manteniendo las ideas que Jane Addams publicó en 1882 definiendo “*las tres R*” del movimiento vecinal: Residencia, Investigación y Reforma (*Residence, Research, and Reform*), consistentes en el trabajo cooperativo con la gente del barrio, la investigación científica sobre las causas de la pobreza y la dependencia, difundiendo resultados y la presión constante para la reforma legislativa y social.

Los primeros centros abiertos para la educación de las mujeres no cuestionaron abiertamente las relaciones de dominio imperantes; sin embargo, en su evolución vivieron cambios que podemos considerar revolucionarios. En un principio la formación estaba dirigida a capacitar a las mujeres para la mejor gestión del hogar, pero progresivamente se fue ampliando el espectro de capacitación, incluyendo mecanografía, contabilidad e idiomas, que les permitió el acceso a la educación, la economía, la autonomía; en definitiva, el acceso a sus propios derechos.

Centros similares funcionaron en ciudades españolas como Madrid y Barcelona. Por ejemplo el el Lyceum Club de Madrid, creado a semejanza del Lyceum Club de Londres –que se había fundado en 1903 y a cuya inauguración asistieron Carmen Baroja y Carmen Monné, quienes formaron parte del grupo fundador de Madrid. El Lyceum Club, fundado en 1926, fue promovido por un grupo de mujeres entre las que figuraban: María de Maeztu, primera presidenta y directora de la Residencia de señoritas; Victoria Kent, abogada y política; y la escritora y diplomática Isabel Oyarzabal, que fueron las primeras vicepresidentas; Zenobia Camprubí, escritora, poeta y traductora, primera secretaria; María Lejárraga, traductora, escritora y política socialista; Mabel Rick, Amalia Galarraga, Aurora Lanzarote; Encar-

² Museo que pertenece la UIC (University of Illinois at Chicago) <http://www.hullhousemuseum.org/>

nación Aragoneses, escritora bajo el pseudónimo de Elena Fortún; Trudy Graa, traductora; Carmen Baroja, escritora y etnóloga bajo el pseudónimo de Vera Alzate; y Carmen Monné, directora del grupo teatral *El Mirlo blanco* y pintora; entre otras en 1926. El Lyceum Club fue un centro de encuentro informal que constituyó un foco cultural de primer orden, y con la Residencia de Señoritas fueron fundamentales en el acceso a los estudios y a los ambientes político-culturales de Madrid para las mujeres (Ballo, 2016).

“A pesar de toda la oposición ante el Lyceum Club, muchas de las mujeres que participaron en sus actividades se realizaron como profesionales, como artistas y, sobre todo, como mujeres que aprendieron a afirmarse como tales. Aunque en Madrid se había empezado a hablar del feminismo años atrás, no hubo ningún foro donde las mujeres pudieran hablar de los problemas sociales de la mujer y de sus derechos civiles hasta la fundación del Lyceum Club. Además el Lyceum se convertiría en un banco de compensación para la creación de otros grupos y foros con intenciones feministas o metas sociales en los cuales muchas de las socias participaron. O sea, el Lyceum iba a proporcionar a las mujeres en Madrid tres posibilidades inauditas en la historia de la mujer: una, la de cultivar una vida social y cultural de convivencia entre mujeres; dos, la de demostrar sus talentos y capacidades en un foro propio; tercera, y la más significativa de todas, la de proponer cambios en la situación jurídica y social de la mujer –justamente lo que el patriarcado quería resistir y anular antes de que (lo que ellos percibían como) el «cáncer feminista» invadiera sus tierras.”
(Mangini, 2016: 126)

Como en otros casos este edificio, importantísimo monumento histórico para la memoria de las mujeres y la sociedad en general, quedaba oculto tras una placa con la reseña del valor artístico del mismo, las rehabilitaciones durante la dictadura y su uso como sede del Ministerio de Cultura desde 1985³. No será hasta el 8 de marzo de 2017 que este edificio situado en Plaza del Rey 1, en la Casa de las Siete Chimeneas del distrito centro de

³ <http://www.mundocooperante.org/mujer-en-la-historia/> (agosto 2017)

Madrid, haya sido señalado con una placa conmemorativa⁴ en la que se señala que entre 1926 y 1936 fue la sede del Lyceum Club Femenino.

Entre los primeros centros para la educación de las mujeres resalta especialmente *La Biblioteca popular de les Dones* creada por Francesca Bonnemaison (Marín Silvestre, 2004) e inaugurada el 28 de marzo de 1909, que formaba parte de la Obra de Buenas Lecturas que funcionaba en la parroquia de Santa Ana. Debido al éxito en 1910 pasa a ser *l'Institut de Cultura*, y debido a que Francesca Bonnemaison consideraba que la tarea de la educación general y la vida pública de las mujeres tenía que alcanzar amplias capas de la población femenina, era necesario un espacio más grande: se trasladó el Instituto a la Casa de la Misericordia en la Calle Elisabets.

Esta biblioteca será la primera de Europa –adelantándose 20 años a la Fawcett Library de Londres (Segura Soriano, 2007)– destinada a las mujeres y se dividió en dos secciones: la Biblioteca General, que funcionaba con servicio de préstamo para todas las mujeres asociadas, y la Biblioteca Pedagógica, que podía ser utilizada por profesoras y alumnas de la Escuela Normal de Maestras, así como por las socias protectoras del Instituto de la Cultura. Atendiendo a las actividades y responsabilidades laborales de las mujeres, la biblioteca y los servicios de préstamo abrían algunas horas los domingos. Francesca Bonnemaison, con su capacidad de movilizar recursos de su entorno social de clase media alta, consiguió transformar una biblioteca parroquial de carácter caritativo en una Biblioteca Cultural que, según la Memoria de 1911, en sus tres años de vida llegó a tener 2.500 asociadas y más de 5.000 volúmenes (Marín Silvestre, 2004)

El objetivo del *Institut de Cultura i Biblioteca Popular per a la dona* era promover la ilustración y la cultura entre las mujeres, ofreciendo formación artística, científica y manual; siendo esta mezcla una situación excepcional para las mujeres de Cataluña. Las promotoras del centro, entendiendo las posibilidades laborales que significaba el comercio creciente en la ciudad, ofrecieron formación a las mujeres para que pudieran optar a un buen puesto laboral. Poco tiempo después crearon la sección de las industrias artísticas similar a las creadas por el movimiento *Arts And Crafts*

⁴ http://www.memoriademadrid.es/buscador.php?accion=VerFicha&id=247543&num_id=1&num_total=244&voto=5 (agosto 2017)

en Inglaterra, en el que participaban muchas mujeres⁵. A partir del curso 1914-1915, la directora pedagógica Rosa Sensat implantó un nuevo plan de estudios que ofrecía un grado de estudios preparatorios de cultura general y bachillerato, con el objetivo de dar a las mujeres una base de cultura científica y artística que le permita luchar con éxito en la carrera profesional (Segura Soriano, 2007).

En octubre de 1922 se inauguró la nueva sede de la Biblioteca y del Instituto, con más de 5000 m², en la calle Sant Pere més Baix número 7. En 1939, acabada la guerra civil, el consejo directivo del Instituto cedió a la Diputación de Barcelona *“todo el haber del Instituto de Cultura y Biblioteca Popular de la Mujer, haciéndose cargo la misma de todo el activo y pasivo de la institución para que continúe la obra social del Instituto”*. Durante el franquismo y las primeras décadas de la democracia el edificio fue utilizado para diferentes actividades hasta que en 2003 y gracias a las reivindicaciones de grupos de mujeres volvió a ser lo que era (Segura Soriano, 2007). Siendo hoy un hito en la ciudad y para las mujeres de Barcelona.

A pesar de la importancia de la institución en las placas que identifican el edificio, a día de hoy no se hace referencia a un espacio de y para mujeres, ya que rezan *Biblioteca Francesca Bonnemaison* y *Espai Francesca Bonnemaison*, en este último caso aclarando que se trata de la Casa Cordelles de los siglos XVI-XVII. Nuevamente se señala el monumento histórico por su valor artístico y se omite el rol social y político que jugó. Estas señales borran a las mujeres y solo dan importancia a la estructura señorial del edificio y no a la ampliación realizada por el Instituto en la década del 20 del siglo pasado, ni al uso que tuvo y tiene. La ciudadanía no puede saber con esta exigua información la historia ni la importancia social de esta estructura edilicia más allá de la arquitectura. Seguimos sin superar la discusión entre Gans y Huxtable de los años 70.

⁵ En el Reino Unido, entre 1880 y 1914, existieron al menos 360 grupos de mujeres organizados en el Movimiento *Arts and Crafts*. Los patrones alternativos de trabajo y producción para las mujeres en este Movimiento asestaron un golpe a la estructura patriarcal victoriana, permitiendo la independencia económica de ciertas mujeres, siendo una opción contraria a la dependencia que se suponía adecuada para las mujeres y que se evidenciaba en los trabajos no pagados de la esfera doméstica (Callen, Anthea: *Angel in the Studio: Women in the Arts and Crafts Movement 1870-1914*. London: Astragal Books, 1979)

3. Espacios de mujeres en Barcelona: visibilidades pendientes

Isabel Segura ha sido pionera en Barcelona en el trabajo de investigación y divulgación sobre la ciudad de las mujeres, y ha dirigido toda su carrera a visibilizar las historias olvidadas, especialmente las de las mujeres siguiendo la idea de Hannah Arendt que define la ciudad como memoria organizada en la que las mujeres han sido olvidadas. Sus numerosos textos, pero especialmente los itinerarios por la ciudad y los barrios, son imprescindibles para reconocer o descubrir la memoria borrada de las mujeres. En 1989, por encargo de la Regidora de Asuntos Sociales y Juventud M. Francesca Masgoret i Llardent y por la responsable del *Programa Dona* Enrica Mata i Perales, realiza la investigación y publicación *Un día qualsevol. Història de la vida quotidiana de les dones*, visibilizando las cotidianidades de las mujeres en la ciudad según las diferentes épocas, destacando aquellas tareas imprescindibles para la vida que han desarrollado y desarrollan las mujeres. La voluntad didáctica de la publicación acababa con la propuesta dirigida a personas jóvenes para que indagaran en su propio entorno, a través de abuelas y madres, sobre las vidas cotidianas y sus tareas.

En 1995 Isabel Segura Soriano publicó la *Guía de les dones de Barcelona*. En ella propuso reconstruir la historia de las mujeres en la ciudad desde la época romana hasta la actualidad, poniendo en relieve la arquitectura y los lugares de los usos cotidianos que especialmente han afectado a las mujeres, como una contraposición a lo que se remarca en general en las guías que son las arquitecturas monumentales y con intencionalidad simbólica –o sea, los monumentos históricos y los monumentos. A partir de un orden cronológico y por periodos históricos organiza diferentes itinerarios por la ciudad, haciendo especial referencia a espacios públicos y calles donde las mujeres desarrollaban su vida, y revelando cómo ciertos nombres hacen referencia a las actividades de las mujeres.

En 1996 comenzó en el Distrito de Sant Martí un trabajo para recuperar y escribir la historia de las mujeres en Barcelona, que ha consistido tanto en revisión de archivos documentales como en el trabajo con las mujeres de la ciudad, en cada barrio. Así, a través de talleres e itinerarios con los relatos, recuerdos y fotografías, cada mujer se convierte en historiadora

de su propia historia. Una metodología que, como veremos, fue también aplicada en el proyecto “Mapa de las huellas de las mujeres y del feminismo” (Fernández Péres, 2015) llevado a cabo en Euskadi. Isabel Segura ha realizado los itinerarios de mujeres de Sant Martí, Sant Andreu, Eixample, Sarrià-Sant Gervasi y Les Corts. Sin embargo, y a pesar de este trabajo pionero, la ciudad no ha sido marcada por estas huellas; la presencia de referencias a mujeres sigue siendo minoritaria, y en general el espacio público como libro no refleja explicaciones sobre estas huellas.

Con el trabajo del “Mapa de las huellas de las mujeres y del feminismo” realizado en Ondarroa, Basauri y Ermua se buscó construir una memoria contra-hegemónica y no androcéntrica, realizando una nueva interpretación de la historia a partir de las memorias de las mujeres, para que éstas sean parte de una memoria inclusiva e igualitaria. Este proyecto se construyó participadamente con las mujeres de cada municipio a partir de experiencias y materiales propios, con los que se creó un relato consensuado de la memoria; las investigadoras indagaron en fuentes secundarias y archivos para completar esta información, y se construyó un mapa donde quedan reflejadas las huellas más significativas del habitar de las mujeres en estos pueblos. La difusión y aplicación de este conocimiento ha variado en cada ciudad. El primer municipio donde se elaboró ha sido en Basauri, comenzando en 2009, presentando el Mapa de las huellas de las mujeres en unas jornadas en abril de 2011. A partir de aquí se desarrollaron acciones positivas como guías, calendarios, itinerarios y placas conmemorativas de las huellas, que facilitan la generalización de la memoria de las mujeres. Con este trabajo se ha buscado también generar material educativo para trabajar en las escuelas a partir de itinerarios.

Las huellas “son combinaciones de espacios y momentos que han sido y/o son importantes para las mujeres y para el feminismo a nivel local, con la intención de recuperar, visibilizar, conocer y reconocer su presencia y participación como agentes activas en los diferentes ámbitos que conforman la historia de cada municipio [...] Las huellas, como las diferentes acciones realizadas, son herramientas que permiten hacer perdurable la memoria colectiva de las mujeres y del feminismo a nivel local, a partir de documentación escrita y de la creación de lugares de la memoria”. Muchas de las huellas son espacios creados y conquistados en las últimas décadas

que han colaborado en el cuestionamiento de los roles de género, que han promovido la participación activa de las mujeres en la vida socio-política de cada municipio, y que han empoderado a las mujeres en diferentes ámbitos; como ya hemos visto que ocurría en el siglo XIX y principios del XX con ciertos espacios de formación y aprendizaje para mujeres en los que la excusa del reforzamiento de sus habilidades de género se convertía en medio de cambio. En este caso los espacios reconocidos por las mujeres como más significativos fueron las oficinas de información y educación sexual, los centros de promoción de la mujer, escuelas de empoderamiento y las casas de mujeres.

Los mapas de las huellas de las mujeres también rescataban el papel jugado por las mujeres en la consecución de equipamientos infantiles, especialmente guarderías y parvularios, que fueron conseguidos por la lucha de las mujeres de las asociaciones vecinales al igual que ha ocurrido en otras ciudades del estado español, entre ellas Barcelona (Magro y Muxí, 2013: 134-149).

La cárcel de mujeres de Les Corts representa un caso de memoria doblemente controvertida y doblemente borrada. Las cárceles en sí mismas, como otras instituciones de la opresión, son borradas de la memoria colectiva porque ésta se pretende moldear sobre un ideal discurso unívoco y único, como explica Leonie Sandercock: *“Las profesiones (como las naciones) mantienen su imagen moldeando sus miembros (ciudadanos) a través del significado del pasado, haciendo que olviden aquellos eventos que no acuerdan con la imagen correcta, al tiempo que se mantienen aquellas memorias que sí lo hacen. Milan Kundera dijo que la lucha de las personas contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”* (Sandercock, 1998:1).

Por ello las cárceles en general (ya que alguna se llega a mantener si con ello se contribuye a fomentar alguna figura heroica) desaparecen en las sucesivas renovaciones urbanas. Pero si además estas cárceles eran para mujeres, su borrado tiene un significado extra, ya que las mujeres en las cárceles constituyen lo opuesto al modelo del género femenino en el que la mujer es toda bondad. Por lo tanto una mujer en la cárcel es un monstruo que no condice con el rol asignado; y si además, como en

el caso de Les Corts, las mujeres allí retenidas eran sujetos políticos, se encontraban aún más fuera del modelo.

“El número de presas ascendía a cerca de dos mil a mediados del mismo año, llegando a ser fusiladas once de ellas en el Campo de la Bota entre el año 1939 y 1940. La represión ejercida suponía no solo una dimensión política o social sino así mismo de género, moral. Se extendía una “reeduación” a aquellas mujeres que se habían posicionado políticamente durante la república y la guerra civil o a aquellas de familia republicana, además de a aquellas emancipadas con oficios “perseguidos” por el régimen aún sin actividad militante (las tildaban de “rojas”), topándose en la hostilidad de la prisión bajo una perspectiva patriarcal y de reconducción hacia la ideología hegemónica además de ser tratadas como “personas históricas incapaces de asumir el rol doméstico que les correspondía”

(Ricart y Guixé, 2015: 106)

En octubre de 1955 se cerró la cárcel de mujeres de Les Corts, para continuar con el proceso urbanizador comenzado en 1952 para el XXXV Congreso Eucarístico Internacional que urbanizó el área de la plaza Francesc Macià, iniciando la urbanización de la avenida Diagonal hacia el oeste: *“Unos años más tarde, donde estaba el edificio de la prisión se levantarían unos conocidos almacenes en la plaza de la Reina María Cristina, y el resto de la finca sería reparcelada y edificada. Este cambio radical de usos del espacio promueve el olvido físico y social de una de las instituciones represoras más importantes a nivel estatal durante la época franquista”*. En esta transformación no queda ningún rastro de la memoria de género del lugar; se había olvidado totalmente lo que allí ocurrió hasta que un grupo de la sociedad civil formado por familiares de expresas, entidades y asociaciones de la ciudad, el grupo “Dones del 36”, grupos de investigación de la universidad, ciudadanas y ciudadanos comienzan a trabajar en la recuperación y reconstrucción de la memoria del lugar (Ricart y Paz, 2017: 120).

Núria Ricart, comisaria de las jornadas internacionales sobre el Futuro Monumento a la Presó de Les Corts y Profesora del Departamento de Escultura de la UB, explicaba la voluntad del grupo: *“Queremos abrir un*

debate colectivo y ciudadano acerca de cómo queremos representar la memoria de estas personas y en qué espacio público queremos llevarlo a cabo. Entre los proyectos presentados hay desde la señalización hacia el emplazamiento de la antigua cárcel y al punto donde se fusilaron a las presas políticas, hasta un memorial subterráneo”⁶.

El proceso del proyecto de recuperación de las memorias de la cárcel de mujeres combina el trabajo artístico, de investigación y la activa participación ciudadana. Acciones de diferente calado se han ido llevando a cabo para reponer en la memoria colectiva este espacio. Sin embargo, la discusión sobre esta recuperación de memoria queda un tanto opacada, casi invisible, por la discusión sobre el futuro de otra estructura de control como es la ex-cárcel Modelo de Barcelona.

Como explica Izaskun Orbegozo Oronoz en un texto sobre la cárcel de mujeres de Saturraran, es imprescindible el trabajo con las memorias orales para recuperar historias no escritas; recuperar y releer legajos de las prisiones y materiales impresos de épocas pasadas, así como correspondencia personal para encontrar como decíamos al principio de este texto nuevos indicios para diferentes relatos. Por otro lado, no es aceptable la memoria resumida en una placa, que pasa con seguridad totalmente desapercibida, como ha sucedido con la cárcel de mujeres en Saturraran. Desde 2007, una placa colocada en el vacío que dejó la demolición de la cárcel y hoy es un parking recuerda lo que allí ha habido, pero esta memoria permanece oculta para la mayoría de lugareños y para la gente que pasea por allí (Orbegozo Oronoz, 2015).

La eliminación de la red de lavaderos ha sido una oportunidad perdida para explicar la presencia de las mujeres en los espacios públicos del XIX y principios del XX, de enseñar sus geografías y poder trabajar en su visibilización. Se han recuperado algunos lavaderos puntuales como en Santa Coloma de Gramenet, en Caldes de Montbui, en Queralbs y en Capellades, entre otras ciudades⁷. Sin embargo la excepcionalidad de cada uno, y la falta de explicación de la red y de la cantidad que había en cada ciudad,

⁶ http://www.ub.edu/web/ub/es/menu_eines/noticies/2014/11/056.html

⁷ <http://www.lavaderospublicos.net/>

lo convierten en una memoria anecdótica que no nos ayuda a ver la dimensión de lo que significaron, y se borran las trazas de las mujeres en la ciudad.

Mercè Tatjer explica cómo las tareas de lavado de ropa y la presencia de espacios para este trabajo crecen con el avance del siglo XIX: *“En 1852 Cerdà censó 37 contribuyentes como propietarios de lavaderos y 28 establecimientos de lavado de ropa”* (Tatjer, 2002); en el censo de Barcelona de 1896 se señalaba la existencia de 82 en Barcelona y 64 en los pueblos del alrededor que serían anexados al año siguiente. Aunque pudieran parecer muchos, Barcelona se acercaba ya a los 500.000 habitantes, resultando insuficiente la cantidad de lavaderos; además, en muchos casos estaban instalados en situaciones no adecuadas por falta de luz y de ventilación: *“Estas carencias eran graves todavía entrado el siglo XX para las capas populares, las cuales a través del Sindicato de Inquilinos de inspiración obrera fundado en 1918 reivindicaron que: el Ayuntamiento creara en cada distrito lavaderos públicos gratuitos dotados de todos los modernos adelantos para el uso de todos los trabajadores”* (Solidaridad Obrera, 1918). Eso era así a pesar que desde 1891 se recogían en las Ordenanzas Municipales unos requisitos mínimos para lavaderos tanto públicos como privados, al tiempo que se controlaba el funcionamiento sanitario de los mismos. Como explica Atxu Amann i Alcocer (Amann, 2005) los avances tecnológicos, a lo largo de la historia y a pesar de la propaganda y los discursos, entraron siempre de manera tardía para liberar o disminuir la carga de trabajo doméstico de las mujeres.

En Barcelona la construcción de los lavaderos siguió diferentes patrones dependiendo de las condiciones territoriales y urbanas. En la ciudad amurallada estaban generalmente en los bajos o sótanos de las edificaciones, como también sucedería en el Ensanche hasta que la tecnología permitió instaurar lavaderos comunes en cada cubierta o individuales en cada apartamento. Algunos pocos habían sido construidos ex-profeso junto al Rec Comtal, en los huertos de los conventos, en el Raval o en la Barceloneta, y fueron desapareciendo por la presión del crecimiento de la población. En barrios con importante presencia del agua como Sant Andreu o Sant Martí la presencia de cursos de agua –naturales o de riego– permitió su uso como lavaderos al aire libre.

Hasta 1960, cuando comienzan a hacerse asequibles las lavadoras eléctricas entre las clases medias, el servicio de lavanderas siguió vigente: *“En 1958 se censaron en Barcelona cerca de 124 lavaderos públicos, de los cuales solamente 27 eran propiedad de mujeres, cinco de ellas viudas; en ellos apenas se apreciaba una concentración en la propiedad ya que solamente unos pocos titulares de lavanderías tenían más de un establecimiento en distintos barrios de la ciudad... La concentración de lavaderos en la ciudad antigua –50 de los censados se localizaban en ella– era una muestra de que esta parte de Barcelona, que alcanzó su máximo poblacional histórico en la década 1950-60, apenas había mejorado en las condiciones de habitabilidad y de higiene. En sus edificios continuaba y continuaría reinando por muchos años todavía el agua de aforo; ello indica que la privatización de esta práctica, que ya se estaba produciendo en otros barrios, estaba en ella muy lejos de realizarse”* (Tatjer, 2002).

Como estructuras complejas de lavaderos quedan los de la calle Aiguafreda en Horta, que se han transformado en partes de los patios o jardines de las casas, sin mantener su función. En estos lavaderos trabajaron sagas familiares, 3 y 4 generaciones, lavando las ropas de las capas medias y altas de la ciudad entre los siglos XVIII y XX. En el año 2005 la asociación Mujeres de Horta, a través de la Comisión Proyecto Lavanderas, impulsó el proyecto “¿Quién tiene ropa para lavar?”, que era el grito de las mujeres por las calles de Barcelona buscando clientela, del que se hizo una exposición y una publicación. Las lavanderas realizaban un recorrido de 7 kilómetros por el antiguo camino de Horta (Paseo de Maragall), siguiendo por la actual calle del Freser y bajando hasta el antiguo Portal Nou hasta entrar a Ciutat Vella⁸.

En la ciudad casi no queda registro de estas actividades: una disimulada y desconocida escultura de una lavandera en el pórtico de la Lavandera del Park Güell de Antoni Gaudí, y una pequeña calle en la Barceloneta que hace referencia en su nombre, Safareigs, a unos lavaderos que allí existieron.

Es una tarea pendiente en las ciudades incorporar referencias y signos de

⁸ Las lavanderas de Horta, 23 junio 2016, en *La meva Barcelona* <http://lameva.barcelona.cat/barcelonablog/es/insolito/las-lavanderas-de-horta> (agosto 2017)

las historias de las mujeres, hacer monumentos históricos que estén informados por los valores del feminismo. Nos debemos y les debemos a todas estas mujeres hacer visible en la ciudad estas historias, estas huellas.

4. Características de las memorias de las mujeres en la ciudad

Podemos encontrar que en la recuperación y la visibilización de la memoria desde una perspectiva de género y feminista, aunque sean escasos los ejemplos, existen ciertas variables formales y espaciales que les son propias, aunque ni exclusivas ni excluyentes.

Una primera característica es un relato anónimo y grupal: la encontramos en la recuperación de los lavaderos como espacio de memoria colectiva, transformando una actividad considerada banal o menor por el discurso hegemónico en historia. Esta característica posiblemente se deba al hecho de no tener la necesidad de contar una historia heroica, que es la que ha constituido el elemento esencial para la memoria hegemónica de los denominados “padres de la patria”: militares, personalidades políticas, de la alta burguesía o de la nobleza, que han sido siempre monumentalizados en sus dos acepciones –monumental como relativo a un hecho histórico relevante y una segunda acepción que es de gran tamaño. Estos reconocimientos han sido en la mayoría de los casos individuales, a seres únicos y especiales que hicieron, supuestamente en solitario, grandes gestas.

Las memorias trabajadas desde el género y los feminismos tienden a ser más colectivas; suelen ser historias que se han hecho en red y que se reconocen en los lazos, en la sororidad. Espacios específicos de la memoria de las mujeres, como son los lavaderos, nos hablan de trabajo imprescindible e invisible, de compañerismo, de redes de mujeres anónimas que podemos ser todas y no de seres inalcanzables, cual dioses de un Olimpo histórico. Un anonimato que nos hace universales, porque esta tarea u otras de los cuidados han sido y son tareas feminizadas, que nos han de enorgullecer, a pesar del desprecio que se tiene desde una sociedad patriarcal mercantilizada. En este caso, es importante reseñar que en catalán

“fer safareig”⁹ es cotillear, lo cual tiñe de una valoración negativa una tarea de gran valor, imprescindible y de gran esfuerzo físico. Por ende, aquí tendríamos la primera característica de la recuperación de la memoria de las mujeres, y es que se trata de una memoria colectiva real, sin heroínas artificiales.

Una segunda característica es una práctica insurrecta, creativa y grupal que podemos encontrar representada en las Madres de Plaza de Mayo, en Buenos Aires (Argentina), quienes instauraron un espacio de memoria pública a partir de un hecho cruento como fue la desaparición de sus hijos e hijas, y lo hicieron con una práctica política alternativa: *“Las Madres constituyen una memoria insurgente, sublevada, rebelde, insumisa, subordinada e insurrecta contra el poder, que se levanta contra situaciones de injusticia y opresión”* (Marcos, 2007). Tornaron la desgracia individual en colectiva, lo personal fue político, cada hijo o hija lo era de todas.

Ante la prohibición de que más de cinco personas se reunieran en el espacio público estáticamente, que derivaba del Estado de sitio decretado por el gobierno de la dictadura en Argentina (1976-1982), ellas inventaron una ronda colectiva, que continúa por más de 40 años¹⁰, en la que caminaban de dos en dos, y que circulaba infinitamente alrededor de un elemento simbólico de primer orden como es la Pirámide de Mayo, que recuerda la independencia del país. Con esta práctica no prevista en el espacio público –ya que al estar en movimiento la reunión no era estática y por lo tanto se saltaban la prohibición– se realiza una apropiación del espacio público para escribir performativamente y políticamente un espacio de memoria de las mujeres-madres como agentes políticas: *“[Las Madres de Plaza de Mayo] reivindican la práctica política a partir de la maternidad, y no la maternidad como paradigma de la participación política de las mujeres”* (Marcos, 2007: 55).

⁹ “Fer safareig” es una alocución que deriva del espacio de ir a lavar la ropa, que es el *safareig*, y se refiere a que las mujeres que allí iban se dedicaban a hablar, a hablar de otros, a cotillear. No deja de ser una muestra de machismo en el lenguaje, ya que le quita el valor al trabajo duro que lavar ha significado para generaciones de mujeres, resumiéndolo en una actitud poco edificante y reprobable.

¹⁰ La primera marcha se realizó el 30 de abril de 1977 y estaba formada por 14 mujeres.

Otra característica de la construcción de monumentos desde los feminismos y el género es la antimonumentalidad: la construcción de espacios de recogimiento y acogida más que de exhibición o imposición a través de figuras gigantescas, como se encuentra representada por el Monumento a los Veteranos de Vietnam (en inglés, *Vietnam Veterans Memorial*) realizado en Washington por Maya Lin en 1981, entonces estudiante de arquitectura de 21 años.

Para este monumento situado en el Mall de Washington DC, donde se yerguen otros grandes monumentos blancos y grandiosos, Maya Lin decidió desaparecer, evocar desde la abstracción. El monumento es un espacio abierto que se hunde en la tierra con un único muro que sigue el recorrido construido en granito negro brillante, muy reflejante, en el que se encuentran grabados los 58.261 nombres de los norteamericanos caídos en la guerra. El muro constituye una interficie entre dos mundos que se ven pero no se relacionan. El monumento no representa líderes ni héroes, solo el individuo en la multitud. Un espacio abierto y público de máxima intimidad. La artista creó un espacio de introspección y telúrico, que lleva a sentirte en una cueva aunque se esté a cielo abierto, que te lleva al encuentro con la tierra, en un memorial-metáfora del ser humano como polvo que seremos. Un espacio que recuerda y rememora, que genera empatía por tanto sufrimiento, pero que no erige héroes monumentales, sino víctimas anónimas.

Podemos concretar que la memoria de las mujeres en el espacio público tiene entre sus características: el reconocimiento de la acción cotidiana como referencia; la acción grupal y no individual; las prácticas alternativas y disruptivas; y la huida de la monumentalidad por el acogimiento.

Aún así, nos queda trabajo pendiente: por un lado, construir entre todas esos monumentos históricos, es decir, recuperar de entre los elementos existentes a nuestro alrededor aquellos que nos permitan construir memorias de mujeres para construir nuestro presente y nuestro futuro; y por otro, ser capaces de decirnos a través de representaciones diferentes a las hegemónicas. Y que con ello nuestras huellas sean visibles en las ciudades y sus espacios públicos.

REFERÈNCES BIBLIOGRÀFIQUES

AMANN, Atxu (2005): *El Espacio Doméstico: La mujer y la Casa*. Madrid: UPM, <http://oa.upm.es/164/>

ANDERSON, Bonnie S; ZINSSER, Judith P. (2007): *Historia de las mujeres. Una historia propia*. Barcelona: Ed. Crítica (1ª edición en inglés: 1998).

BALLO, Tania (2016): *Las sinsombrero. Sin ellas, la historia no está completa*. Madrid: Editorial Espasa.

BOFILL LEVI, Anna (2005): *Planejament urbanístic, espais urbans i espais interiors des de la perspectiva de les dones*. Quaderns de l'Institut/6, Barcelona: Generalitat de Catalunya.

CHOAY, Françoise (2007): *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

FERNÁNDEZ PÉRES, Zaida (2015): “Cartografía de la memoria colectiva de las mujeres en los municipios vascos: el mapa de las huellas educativas de las mujeres y del feminismo” en Buján, Karmele y Maceira Ochoa, Luz (eds.), *Educación, memoria e historia de las mujeres vascas*. Lecturas feministas, Oñati: Intxorta Kultur Elkarte.

GANS, Herbert: “Preserving everyone Noo Yawk”, en *New York Times*, 28 de enero de 1975. Citado en HAYDEN, Dolores (1995): *The Power of Place. Urban Landscape as Urban History*. Cambridge: The MIT Press.

HAYDEN, Dolores (1995): *The Power of Place. Urban Landscape as Urban History*. Cambridge: The MIT Press.

HUYSSSEN, Andreas: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/218106129/Huyssen-Andreas-2001-En-busca-del-futuro-perdido-Cultura-y-memoria-en-tiempos-de-globalizacion> en RICART, Nuria; PAZ, Noelia (2017): “Prácticas artísticas y espacios de memoria. Procesos de transmisión” en *Revista KULT-UR*, Castellón.

MAGRO HUERTAS, Tania; MUXÍ MARTÍNEZ, Zaida (2013): “Las mujeres constructoras de ciudad desde los movimientos sociales urbanos” en MONTANER, Josep Maria; ÁLVAREZ, Fernando; MUXÍ, Zaida, *Archivo crítico modelo Barcelona. 1973-2004*. Barcelona: Ayuntamiento de Barcelona y Departamento de Composición Arquitectónica UPC.

MANGINI, Shirley (2006): “El Lyceum Club de Madrid: un refugio feminista en una capital hostil” en *Revista Arparkía. Investigación feminista*, núm 17 pp 125-140. Castellón: Universidad Jaume I. <http://revistes.ub.edu/index.php/waterfront/article/view/18822> (agosto 2017)

MARCOS, Natalia Carolina (2007): *Madres de Plaza de Mayo: cultura y política contra-hegemónicas*. Tesis de Maestría en Estudios de la Cultura, Mención Políticas Culturales. Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Área de Letras (Pág. 55).

MARÍN SILVESTRE, Dolors (2004): *Francesca Bonnemaison. Educadora de ciutadanes*. Barcelona: Diputació de Barcelona.

ORBEGOZO ORONÓZ, Izaskun (2015): “Memorias de Mujeres “educadas” en prisión. El silencio sobre la cárcel de Saturrarán (País Vasco)” en BUJÁN, Karmele; MACEIRA OCHOA, Luz (eds.), *Educación, memoria e historia de las mujeres vascas*. Lecturas feministas. Oñati: Intxorta Kultur Elkarte.

RICART, Nuria; PAZ, Noelia (2017): “Prácticas artísticas y espacios de memoria. Procesos de transmisión” en *Revista KULT-UR*, Castellón.

RICART, Núria; GUIXÉ, Jordi (eds.) (2015): “Futur monument a la presó de dones de Les Corts. Procés obert” en *On the W@terfront*, vol. 36, núm. 1. Disponible en: http://www.ub.edu/escult/Water/water36_1/water36_1_04.pdf [consulta 25/07/2016]

RIVERA GARRETA, María Milagros (2011): “La memoria de las mujeres”, entrevista realizada a María Milagros Rivera Garreta en *Mujer Pública, Revista de discusión feminista*, núm 4. Coordinación: Mujeres Creando, Idoia Romano, María Galindo. La Paz.

SANDERCOCK, Leonie (1998): “Introduction. Framing Insurgent Historio-

ographies for Planning” en SANDERCOCK, L. (eds), *Making the Invisible Visible. A Multicultural Planning History*. Berkeley: University of California Press.

SEGURA, Isabel: *La Biblioteca Popular Francesca Bonnemaison*

Solidaridad Obrera (1918), núm. 716. Citado por TATJER, Mercedes. Op citada.

TATJER, Mercedes (2002): “El trabajo de la mujer en Barcelona en la primera mitad del siglo XX: lavanderas y planchadoras”. *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VI, núm. 119. Barcelona: Universidad de Barcelona.

TORRE, Susana (1996): “Claiming The Public Space: The Mothers of Plaza de Mayo” en AGREST, Diana; CONWAY, Patricia; KANES WEISMAN, Leslie (eds.), *The Sex of Architecture*. Boston: Harry N Abrams.

WAISMAN, Marina (1995): *La arquitectura descentrada*. Bogotá, Ed Escala.

ZAMBRANO, María (1959): “Delirio, esperanza y razón”. *Nueva Revista Cubana*. La Habana. En SEGURA SORIANO, Isabel, *Dones de Sant Andreu. Itinerari històric*. Barcelona: Arxiu Municipal de Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2001.